

LAS IZQUIERDAS ECUATORIANAS ENTRE LA REVOLUCIÓN CUBANA Y LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

Germán Rodas Chaves

<https://doi.org/10.32719/9789942566607.1>

DOS ANTECEDENTES FUNDAMENTALES

El 1 de enero de 1959 triunfó la Revolución cubana después de la lucha insurreccional del pueblo, al mando de Fidel Castro y del Movimiento 26 de Julio, que no solo puso en fuga al dictador Fulgencio Batista, sino que dio por terminada la injerencia de Estados Unidos de Norteamérica. Recordemos que el 10 de diciembre de 1898, luego de la guerra hispano-cubana-norteamericana y la explosión del navío *Maine*, de bandera *yankee*, fondeado en la bahía de La Habana, se produjo la firma del Tratado de París, mediante el cual España cedió el dominio de Cuba, Puerto Rico, las Islas Guam y Filipinas a favor de Estados Unidos (Rodas Chaves 1998, 15-21). Debido a ello, Cuba no logró su independencia definitiva. Aunque quedó fuera del tutelaje del imperio español, vivió desde entonces hipotecada a los intereses norteamericanos. Solamente con el triunfo de la revolución de 1959 ese compromiso fue revertido, en un proceso que generó enormes expectativas en diversos rincones del mundo y, particularmente, en América Latina.

Hasta el triunfo de la Revolución cubana, la izquierda latinoamericana y, desde luego, la ecuatoriana, había desen-

vuelto sus concepciones y su praxis doctrinarias fundamentalmente alrededor de dos circunstancias trascendentes. Estas circunstancias fueron motivo no solo de identificación, sino de desencuentros. La primera fue la incidencia y las confrontaciones en el seno de la izquierda luego del triunfo de la Revolución rusa de 1917. En efecto, una gran contradicción se produjo por las discrepancias generadas por la adhesión o no a la III Internacional, creada bajo la convocatoria de Lenin en marzo de 1919, en el entendido de que el Partido Bolchevique no solamente era un partido ruso, sino el embrión de un partido comunista mundial. Este partido se llamó Internacional Comunista (o Comintern), y no fue organizado como una federación de partidos nacionales, sino como un cuerpo centralmente organizado (Caballero 1987, 21).

El Comintern conformó un *bureau* latinoamericano para atender los asuntos referidos a nuestra región. Aunque todavía existen innumerables documentos reservados, y quizá perdidos, varios detalles de su funcionamiento han podido conocerse gracias a la información que provino del delegado del partido comunista de Brasil, Antonio B. Canelas, quien en 1922 solicitó la incorporación de su partido en la Internacional Comunista (Caballero 1987, 49). En el caso del Ecuador, la fundación de la matriz de la izquierda ecuatoriana —el Partido Socialista Ecuatoriano (PSE), en mayo de 1926— respondió a los requerimientos de importantes sectores sociales pauperizados. Algunos de ellos fueron actores de las luchas de 1922 que concluyeron con la matanza de centenares de obreros el 15 de noviembre, circunstancia ocurrida en el mandato del presidente Luis Tamayo y en el contexto de la crisis cacaotera que, a contrapelo, había permitido particularmente en Guayaquil la organización social y popular, especialmente obrera y artesanal (Rodas Chaves 2024, 27-34). Desde un inicio este partido exhibió una postura en favor de los intereses populares, a tono con la que adoptaron importantes nú-

cleos de intelectuales del período que se habían abrevado en las fuentes del marxismo. A partir de esta aproximación teórica, esos intelectuales optaron por una identificación plena con los requerimientos sociales. Adicionalmente, se sumaron a esa postura de defensa de los intereses populares los núcleos anarquistas ecuatorianos¹ y los grupos liberales radicales, desengañados por el liberalismo plutocrático (1912-1925). Desde luego, la fundación del PSE también recibió de manera vital la impronta del triunfo de los bolcheviques (Rodas Chaves 2000, 27-30).

La fundación del PSE prontamente trajo consigo discrepancias. Hubo sectores que consideraron que era indispensable adherir a la III Internacional. Este objetivo fragmentó al PSE en 1931, de la misma manera que ocurrió en muchos países de la región. Un grupo de fundadores del PSE optó por la relación con el comunismo mundial y, para tal efecto, fundó el Partido Comunista del Ecuador (PCE). Quienes no aceptaron esta afiliación se mantuvieron en las filas del socialismo, estructura política revitalizada lentamente durante los años 1932 y 1933 hasta llegar a la refundación del PSE en mayo de 1933 (30-4).

Un segundo factor de confrontación, suscitado tres décadas después, estuvo vinculado al escenario de la disputa que, desde inicios de los años 60, se produjo entre las dos metrópolis comunistas mundiales: la URSS y la República Popular China. Las particularidades de esta disputa incidieron directamente en la vida política y orgánica de la izquierda comunista ecuatoriana y en las corrientes socialistas. Estas últimas, no obstante, optaron por reafirmar su preocupación ante todo latinoamericana, cuyas características económicas

1. Los orígenes del anarquismo ecuatoriano deben ser entendidos como de *segunda generación*. Los correspondientes a la *primera generación* fueron aquellos sectores de trabajadores migrantes europeos que llegaron a Latinoamérica, particularmente a Argentina, Uruguay y Brasil.

y sociales fueron, y siguen siendo, más próximas a nuestra realidad. El PCE se decantó a favor de la línea pro Moscú que proclamaba, atendiendo a su entorno, que la revolución debía ser impulsada exclusivamente por una vanguardia vinculada a los trabajadores. Al interior del PCE surgió una tendencia llamada también *maoísta*, por haber sido liderada e impulsada en la metrópoli china por Mao Zedong, que anunció que las grandes definiciones del Partido Comunista Chino (PCCh) eran más pertinentes para Ecuador. La mirada táctica y estratégica de la Revolución china había girado alrededor de la movilización armada de amplios sectores campesinos, cuya vanguardia fue proclamada como el eje central de toda transformación estructural. Esta simpatía con las tesis chinas significó, adicionalmente, una caracterización particular de Ecuador de aquellos años y sus seguidores se escindieron del PCE y formaron el Partido Comunista Marxista-Leninista del Ecuador (PCMLE) (Rodas Chaves 2000, 74).

Otros sectores socialistas se concentraron en interpretar la realidad latinoamericana y nacional, su estructura económica y social, desde una perspectiva más propia de nuestro entorno. Buscaron, más bien, definir a nuestro país y nuestra región en función de su pertenencia al sistema capitalista mundial dominante, cuyas peculiaridades contribuyeron a perfilar ciertas características especiales de su clase dominante y de sus clases dominadas (Aguirre 2018, 57-65).

LA IMPRONTA DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

En medio de estos debates se produjo la Revolución cubana. Sus características, en especial la lucha guerrillera rural y la acción de masas en las ciudades, no solo rompió con los paradigmas estratégicos y tácticos convencionales de las izquierdas, sino que pareció confirmar importantes te-

sis que no se habían incorporado en los debates previos. Se desbarataron algunas ideas que se habían proclamado, a manera de sentencias, sobre las relaciones de poder entre Latinoamérica y Estados Unidos, sede de los intereses imperialistas de aquellos años. En efecto, el triunfo de la Revolución cubana el 1 de enero de 1959, demostró que el socialismo era posible en la región y que no existía ningún “fatalismo geográfico”, según el cual se deducía erróneamente que Estados Unidos no tolerarían la existencia de un gobierno socialista en su área de mayor influencia estratégica. El proceso cubano evidenció, además, que los caminos hacia la conquista del poder superaban a las tradicionales movilizaciones sindicales y electorales. La “vía” cubana tenía su propia impronta y difería de la que usaron los bolcheviques en 1917. Contrariaba también las rígidas concepciones de la “guerra popular prolongada”, acuñada por la Revolución china, y el carácter de la lucha campesina antiimperialista.

Así, pues, el triunfo de la Revolución cubana abrió profundas expectativas en la izquierda ecuatoriana y en otros lugares, puesto que era posible edificar proyectos radicales de transformación social que tuviesen, al mismo tiempo, la huella de lo propio y lo original. Para entonces, todavía en nuestro país los problemas del “vanguardismo” y de la incompreensión de la diversidad social no se consideraban limitantes en la acumulación de fuerzas y en la construcción de alternativas. La suposición de que el suceso revolucionario cubano podía ser trasplantado mecánicamente a nuestra historia constituyó un error de importantes consecuencias. No obstante, tal suposición forma parte de la historia de la izquierda ecuatoriana. En efecto, en la misma década de los años 60, el Ecuador y otros países de la región fueron testigos de la conformación de estructuras político-militares que fijaron su propia táctica y estrategia para la consecución del poder.

El triunfo armado cubano radicalizó a un sector de izquierda del socialismo que, orgánicamente, en 1963,